

Distr.
RESTRINGIDA

LC/MVD/R.107

Mayo de 1993

ORIGINAL: ESPAÑOL

CEPAL
Comisión Económica para América Latina y el Caribe
Oficina de Montevideo



**ESTUDIO DE SEGUIMIENTO EN REVERSA
DE LOS JOVENES URUGUAYOS FORMADOS EN LA UTU**

Informe elaborado por CEPAL, Oficina de Montevideo, en el marco del Convenio con la Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe de la UNESCO (OREALC).



Página

| | | |
|------|--|----|
| I. | ASPECTOS METODOLOGICOS | 3 |
| II. | LA CATEGORIZACION EDUCATIVA DE LOS JOVENES | 4 |
| III. | ANALISIS GENERAL | 6 |
| | 1. Asistencia a la UTU y niveles de estudio | 6 |
| | 2. Métodos utilizados para la obtención de trabajo | 8 |
| | 3. Edad de finalización de los estudios regulares y de primaria | 11 |
| | 4. Ingreso al mercado laboral | 12 |
| | 5. Grado de satisfacción con el trabajo | 14 |
| | 6. Capacitación complementaria | 15 |
| | 7. Ingreso del hogar del joven | 17 |
| | 8. Lugar de asistencia al Ciclo Básico de Enseñanza Media | 18 |
| | 9. Nivel de actividad de los jóvenes | 18 |
| | 10. Grado de estabilidad en el trabajo | 19 |
| | 11. Ocupación e ingreso entre los jóvenes que concurrieron a la UTU | 19 |

I. ASPECTOS METODOLOGICOS

El presente trabajo vincula los datos de la Encuesta Nacional de Juventud (EN de J) con los recabados en la Encuesta Continua de Hogares (ECH), encuestas ambas desarrolladas por el Instituto Nacional de Estadística (INE), la primera de las cuales fue realizada conjuntamente con la Oficina de CEPAL en Montevideo en sus etapas de formulación y análisis.

La EN de J comprendió un total de 6547 jóvenes de entre 15 y 29 años, residentes en Montevideo y en las ciudades del Interior de 500 y más habitantes; fue relevada entre julio de 1989 y octubre de 1990 a partir de un formulario elaborado por la CEPAL, Oficina de Montevideo, concebido como un módulo especial de la ECH.

Este trabajo muestra la potencialidad del entrecruzamiento de las dos bases de datos: la EN de J habilita la medición específica de la problemática de los jóvenes y permite una mayor focalización y cobertura del grupo objetivo así como una profundización en las categorías conceptuales aplicables estrictamente a la juventud en su relación con el mercado de trabajo; la ECH, al relevar variables estructurales básicas del contexto del hogar del entrevistado, proporciona una información complementaria que deviene indispensable a la hora de evaluar comparativamente los estudios y la inserción en el mercado laboral de los jóvenes uruguayos.

De esta forma, los jóvenes de 15 a 29 años de los centros urbanos de más de 500 habitantes del Uruguay constituyen el universo de estudio. Dadas la características de la EN de J reseñadas anteriormente, la muestra se puede expandir a un total de 580.906 jóvenes; de ellos 121.168 concurren a la UTU en algún momento de su historia educativa y, entre éstos, 31.035 jóvenes asistían a la UTU en el momento de la encuesta (Cuadro 1).

II. LA CATEGORIZACION EDUCATIVA DE LOS JOVENES

La EN de J relevó el nivel educativo exigido para el ingreso a la UTU, los años de estudio en la institución, el último año aprobado y la asistencia regular a institutos de enseñanza. En base a esta información -que sólo se encuentra en la EN de J-, los asistentes a la UTU fueron clasificados en tres niveles de estudios y quienes lo hicieron en el pasado en cuatro (se debió agregar un cuarto nivel correspondiente a los jóvenes con estudios terciarios posteriores a su pasaje por la UTU).

En la UTU los estudios de formación profesional de primer nivel, de dos o tres años de duración, tienen como requisito de ingreso el haber completado Primaria.

La formación profesional de segundo nivel, con una duración de dos o tres años, implica tener aprobada la formación profesional de primer nivel, por lo cual transcurren entre cuatro y seis años de estudio a partir del ingreso a la UTU -luego de realizado el ciclo de primaria.

A la educación profesional, con una duración de dos a tres años, se accede desde la formación profesional de primer nivel o desde el Ciclo Básico de Educación Media; quienes hacen uso de la primera forma de ingreso tienen, luego de primaria, entre cuatro y seis años de estudio en la UTU y quienes provienen del CBU realizan de dos a tres años de estudios en la institución.

A la educación técnica, con una duración de tres a seis años, se accede desde la formación profesional de segundo nivel, desde el CBU o desde Cuarto año de liceo o primer año del Bachillerato Diversificado -según el plan cursado-; para quienes provienen de la formación profesional de segundo nivel, los años de permanencia en la UTU van de seis a diez o de cinco a nueve, según hayan realizado la formación profesional después de primaria o después del ciclo básico; para quienes provienen desde el CBU o cuarto año de liceo los años de permanencia en la UTU van de tres a seis.

Por lo anterior, considerando el nivel alcanzado en la UTU, los estudios anteriores y posteriores a la UTU y la asistencia a la UTU en el momento de la encuesta, se puede clasificar a los alumnos de la UTU en cuatro categorías:

- a) jóvenes que están realizando o hayan realizado el Ciclo Básico de Enseñanza Media o formación profesional de primer nivel (fp1-CBU);
- b) jóvenes que están realizando o realizaron en la UTU la formación profesional de segundo nivel o la educación profesional provenientes de primaria (fp2-cdp);
- c) jóvenes que cursan o cursaron educación técnica o educación profesional teniendo como estudios de base tres o cuatro años de enseñanza media (edtec-edp);
- d) jóvenes que cursaron la UTU y alcanzaron el nivel terciario de educación (UTU+Terc.).

Para el conjunto de jóvenes se tomó en cuenta el nivel educativo alcanzado y si completaron o no dicho nivel.

En cuanto a los niveles alcanzados se dividió el sistema educativo por ciclos de formación, al interior de los cuales se consideraron tramos de tres años de estudios. Según este criterio los niveles utilizados fueron:

- a) de 0 a 3 años de educación primaria;
- b) de 4 a 6 años de educación primaria;
- c) primer ciclo de enseñanza secundaria;
- d) segundo ciclo de enseñanza secundaria;
- e) los cuatro niveles de la UTU;
- f) de 0 a 3 años de educación terciaria;
- g) 4 o más años de educación terciaria.

III. ANALISIS GENERAL

1. Asistencia a la UTU y niveles de estudio

Como variables centrales del análisis se utilizaron el sexo de los jóvenes y el grupo etario de pertenencia, con tres valores: 15 a 19 años, 20 a 24 años y 25 a 29 años.

Un panorama global de la composición del alumnado de la UTU de entre 15 y 29 años se presenta en el Cuadro 1. Expandida la muestra al conjunto de los jóvenes del universo se encuentra que sobre un total de 580.906 jóvenes, quienes habían concurrido a la UTU o concurren a ella en el momento de la encuesta son 121.168, de los cuales el 74.4% ya asistió con anterioridad (90.133) y el 25.6% asiste (31.035) al momento de la encuesta.

Los estudiantes de la UTU son mayoritariamente hombres (59.8% frente a un 40.2% de mujeres), siendo la distribución etaria quinquenal casi por tercios, con mayor peso de los grupos de menor edad. Este predominio es más acentuado entre los hombres del primer grupo etario -15 a 19- y entre las mujeres del segundo grupo etario -20 a 24.

Entre los que asistieron, el primer nivel de formación profesional o la realización del Ciclo Básico Común es el predominante, con un 56.8% de los jóvenes que en algún momento asistieron a la UTU. Por su parte, los que asisten a la UTU en el momento de la encuesta se reparten en porcentajes similares entre el primer nivel de formación profesional o la realización del CBU fuera de edad^{1/} (45.7% del total) y el nivel más alto -el de la formación técnica o profesional- (44.9%). En ningún caso, la formación profesional de segundo nivel o educación profesional alcanza a la décima parte de los jóvenes. Por último, es interesante destacar que el 5% de los jóvenes que asistieron a la UTU llegó, posteriormente, a cursar estudios terciarios.

Una diferencia esperable que se constata entre los jóvenes que asistieron y los que asisten a la UTU es la vinculada a la variable edad, ya que son mayores de 20 años cuatro quintos de quienes asistieron y son jóvenes de 15 a 19 años tres cuartos de los que asisten.

Entre los adolescentes, la mayoría de quienes dejaron de estudiar llegó, a lo sumo, al primer nivel, mientras que casi la mitad de quienes asisten ha rebasado dicho nivel.

Esta última proporción en el nivel superior de la UTU es recién alcanzada por los jóvenes de 20 a 24 años que asistieron a la institución, pero la misma resulta exigua frente a los tres cuartos de jóvenes de dicha edad asistentes al nivel superior en el momento de la encuesta.

^{1/} Al ser la encuesta a individuos mayores de 15 años, los encuestados que asisten al primer nivel provenientes de la escuela primaria sólo pueden estar realizando el CBU con extra-edad; no es ese el caso de los que asistieron y tienen entre 15 y 19 años, que podían tener entre doce y catorce años al realizarlo, dado que el Ciclo Básico Unico data de 1986 y la encuesta es de 1989-90.

Distinta es la situación entre los jóvenes de 25 a 29 años: tanto quienes asistieron como quienes asisten se reparten por partes iguales entre el primer nivel y los restantes, siendo particularmente relevante el porcentaje que llegó a los estudios terciarios luego de haber asistido a la UTU; ello hace esperar que una cifra aún mayor de quienes se encuentran asistiendo al nivel más alto de la educación técnica accedan a los estudios terciarios.

La distribución por sexo muestra una asimetría interesante entre los que asistieron: la matrícula masculina es mayor que la femenina, pero la proporción de mujeres que alcanza los niveles superiores es superior a la de hombres.

La situación entre los que asisten no es tan asimétrica puesto que si bien es desigual el peso de los dos sexos en la constitución del total -57.0% de hombres y 43.0% de mujeres-, la distribución por niveles en cada sexo es semejante: están cursando el primer nivel de formación el 45.8% de los hombres y el 45.6% de las mujeres. Se nota, sin embargo, una diferencia interesante: están cursando estudios del nivel más alto (con CBU o cuarto año de liceo como pre-requisito) la mayoría absoluta de las mujeres y sólo la mayoría relativa de los hombres.

La distribución por edades entre hombres y mujeres es muy similar.

En síntesis, en la UTU se observa, simultáneamente, un predominio masculino en la matrícula y trayectorias educativas más extensas en las mujeres; ello es más fuerte entre los que asisten que entre los que asistieron, lo que indica la importancia de complementar el análisis cuantitativo con el cualitativo del tipo de formación impartida en la institución.

Al ampliar el análisis al conjunto de todos los jóvenes se encuentra que sólo un pequeño porcentaje no tiene estudios primarios o cursó hasta tres años de enseñanza primaria (1.4%), casi la cuarta parte aprobó entre 4 y 6 años de escuela primaria (22.0%), un 23.6% llegó hasta el primer ciclo de enseñanza secundaria y un 11.3% realizó estudios de primer ciclo en la UTU; en un segundo nivel de la UTU (educación profesional de segundo nivel, educación técnica o profesional) se encuentra a un 8.9% de los jóvenes y en el segundo ciclo de enseñanza secundaria a un 23.1%; por último, quienes han alcanzado el nivel terciario de 13 y más años de escolarización son un décimo del conjunto de jóvenes (9.9%) (Cuadro 2).

Dicha distribución no presenta mayores variaciones por sexo. Dos observaciones parecen pertinentes: entre quienes estudiaron en la UTU la distribución se aparta levemente de la observada en la población en general, por el predominio masculino referido anteriormente; inversamente, entre los jóvenes que realizaron estudios de segundo nivel secundario o terciarios se da una mayor proporción de mujeres.

La distribución por edades presenta una menor proporción de jóvenes de 15 a 19 años en primaria y una proporción alta en el nivel del primer ciclo de enseñanza secundaria (35.0%) o de la UTU (13.8%) -por la escolarización obligatoria-, con porcentajes similares a los generales en los estudios de segundo ciclo tanto en Secundaria como en la UTU. Los jóvenes de 20 o más años no presentan diferencias según pertenencia al tramo 20 a 24 años o al tramo 25 a 29 años, alcanzando un 14.0% el máximo nivel de estudios.

Si se observa a los jóvenes según el nivel alcanzado y según lo hayan completado o no, y considerando el carácter dinámico que introduce en el análisis el hecho de que aún asiste a la enseñanza regular un número importante de los jóvenes de 15 a 29 años, se puede afirmar

que sólo un bajo porcentaje (7.0%) no cuenta con un capital cultural mínimo por no haber concurrido a primaria o haberla realizado en forma incompleta. Un 16.5% de jóvenes tiene como estudio final enseñanza primaria, lo que apenas es el mínimo requerido para los grupos etarios juveniles mayores (24 a 29 años) e insuficiente para quienes están en el grupo etario más bajo (15 a 19 años) (Cuadro 3).

Entre quienes tienen realizados estudios post-primarios, un 12.3% de todos los jóvenes ya completó el primer ciclo de enseñanza secundaria y un 11.2% tiene dicho nivel incompleto. El primer nivel de la UTU fue completado sólo por el 2.3% del total de jóvenes, frente a un 8.9% que realizó o realiza dichos estudios sin aún completarlos, relación que se atempera en los niveles más avanzados de la UTU, con bajos pero similares porcentajes de estudiantes que completan y no completan estos estudios (0.9% y 1.0%). A su vez, un 4.5% de los jóvenes en general llegó al nivel de la educación técnica o profesional sin completarlo, frente a un 2.3% que sí lo hizo. A nivel del segundo ciclo de la enseñanza secundaria, un 3.3% completó el nivel mientras que un 19.9% no lo ha hecho. En los estudios terciarios, un 7.1% se ubica en la categoría de incompletos y un 2.8% en la de completos.

Los niveles de primaria completa son similares en los grupos etarios de 20 a 24 años y de 25 a 29 años (19.4% y 19.2% respectivamente) y más bajos entre los más jóvenes (10.9%), con porcentajes crecientes de jóvenes que no completaron la primaria al aumentar la edad. Para los adolescentes el nivel mínimo de exigencias es el del ciclo básico completo, y tienen en este sentido una mejor situación que los otros dos grupos etarios, ya que accedieron al primer ciclo en una mayor proporción -14.7% frente a 9.2% y 9.8% respectivamente- e incluso lo completaron en mayor medida -20.3% frente a 8.7% y 7.8% de los otros grupos etarios-. Una situación similar se da en el primer nivel de la UTU.

El factor edad incide fuertemente en el grado en que se completan los niveles educativos post-primarios. Por un lado, dado que los adolescentes se encuentran mayoritariamente en proceso de formación, no parece conveniente el análisis del grado en que completaron los distintos niveles educativos. Por otro, resulta relevante observar que entre los grupos de 20 a 24 y 25 a 29 años no existen diferencias apreciables en cuanto al grado en que se han completado cada uno de los niveles.

En términos de la apertura por sexo, no se aprecian diferencias a nivel de primaria y del primer ciclo de la enseñanza secundaria y las mismas son muy leves en la enseñanza técnica: mientras en el primer nivel hay el doble de hombres que de mujeres (11.8% y 6.2% respectivamente) con ese estudio incompleto, la relación es de sólo tres a dos entre hombres y mujeres (2.8% y 1.9%) entre los que lo completaron; en el nivel de la educación técnica o profesional, tanto incompleto como completo, hay similares porcentajes de hombres y mujeres. En cambio, a nivel de los estudios de segundo ciclo de enseñanza secundaria y de los terciarios la diferencia a favor de las mujeres es importante, sea en el número de jóvenes que accedieron al nivel como en la proporción de quienes lograron completarlo.

2. Métodos utilizados para la obtención de trabajo

Al analizar los métodos utilizados para la obtención de trabajo por parte de los jóvenes ocupados o desocupados que estudiaron o estudian en la UTU se constata que la mayoría absoluta recurrió a conocidos o parientes (51.1%). Tal situación de utilización por una

mayoría absoluta de los métodos particularistas se da tanto entre quienes asistieron como entre quienes asisten a la UTU (50.4% y el 55.7% respectivamente) (Cuadro 4).

Al aumentar el nivel educativo alcanzado en la UTU decrece la utilización de estos métodos particularistas. Entre los jóvenes con educación técnica o profesional los métodos universalistas -aunque no mayoritarios- son muy importantes (40.0% frente a 44.4% entre los que asistieron y 35.1% frente al 50.8% entre los que asisten), alcanzándose la mayoría entre quienes realizaron estudios terciarios luego de asistir a la UTU (49.0%).

Mientras la utilización de métodos particularistas llega a los jóvenes de la UTU con más bajo nivel en mayor proporción que la existente en la población en general, la utilización de métodos universalistas se asocia a mayores niveles de formación.

En el conjunto de todos los jóvenes el método más utilizado para conseguir empleo es el recurrir a parientes y conocidos, utilizado por la mayoría absoluta de los jóvenes (50.7%). Dicha situación se mantiene para todos los jóvenes con estudios menores a los del segundo ciclo de enseñanza media, alcanzando a más del 55.0% de quienes a lo sumo concurren a primaria o al primer nivel de la UTU y al 53.1% de los estudiantes del ciclo básico de Secundaria (Cuadro 5).

Por otra parte, y en forma complementaria con lo anterior, se observa que al aumentar el nivel educativo alcanzado por el joven crece la utilización de métodos universalistas para obtener trabajo, entre los ocupados o desocupados. Dicho porcentaje tiene su mínimo estable en todas las categorías bajas: entre quienes, como máximo, concurren a primaria, realizaron el primer ciclo en Secundaria o la formación profesional en la UTU, la utilización de métodos universalistas se sitúa en todos los casos entre tres de cada diez y uno de cada tres, mientras que en los niveles superiores al obligatorio la proporción sube a casi dos de cada cinco entre los jóvenes del segundo ciclo de secundario o la UTU y a casi uno de cada dos entre los que tienen estudios terciarios.

Esta variable es sensible a las diferencias por sexo: entre los hombres la utilización de los métodos particularistas recoge una mayoría absoluta (no sólo en los niveles más bajos sino incluso entre quienes llegaron al segundo ciclo de enseñanza secundaria) mientras que entre las jóvenes es predominante el método particularista pero no en la misma medida que entre los jóvenes. Mayoría absoluta lo es sólo entre las jóvenes con primaria o primer ciclo de secundaria y se da la situación contraria en el extremo opuesto del ciclo educativo, donde el método universalista es utilizado por la mayoría absoluta de las jóvenes con estudios terciarios.

Entre los jóvenes ocupados o desocupados -hayan o no completado el nivel máximo al que accedieron- no se encuentran diferencias significativas en primaria ni en el ciclo básico en cuanto a las estrategias seguidas para la obtención de empleo. Sí las hay entre los que concurren al primer nivel de la UTU, ya que quienes lo completaron utilizan en mayor medida los métodos universalistas que los que no lo hicieron. Similares diferencias genera el haber completado el segundo ciclo de la enseñanza secundaria. En cambio, entre los que llegaron a la educación técnica o profesional son similares los porcentajes de quienes utilizan métodos universalistas, hayan completado o no el ciclo. Por último, la mayor diferencia se da entre quienes terminaron estudios terciarios y quienes no lo hicieron, hayan realizado estudios en la UTU o no: entre estos últimos el recurso a métodos universalistas pasa de un 35.8% a un 65.6% según tengan estudios terciarios incompletos o completos; en otras palabras, se

pasa de un valor casi igual al de la población en general a treinta puntos por encima de la media (Cuadro 6).

Los jóvenes desocupados o buscadores de trabajo por primera vez se vuelcan más hacia la utilización métodos particularistas -57.3% del total- o incluso hacia el no hacer nada - 26.5%-. Dicha situación de muy baja utilización de los métodos universalistas no varía entre quienes asistieron y quienes asisten a la UTU (Cuadro 7).

La mayoría absoluta de los jóvenes desocupados o buscadores de trabajo por primera vez utilizan la visita a conocidos como método para reingresar o ingresar al mercado de trabajo. La inacción alcanza a un porcentaje elevado, ya que más de la cuarta parte de los jóvenes no hace nada para conseguir trabajo, lo cual es una proporción superior al 16.5% que utiliza métodos universalistas (Cuadro 8).

Esta situación es así en todos los niveles educativos bajos, e incluye también a quienes tienen estudios más allá de los obligatorios de primer ciclo secundario ya que entre quienes están en el segundo nivel de enseñanza media más de la mitad recurren a métodos particularistas.

La diferencia es que entre quienes están en enseñanza secundaria se da una distribución similar a la de la población en general, con una mayor proporción de jóvenes que no hace nada para conseguir trabajo que de jóvenes que utilizan métodos universalistas (23.4% de los primeros y 17.1% de los segundos), mientras que quienes están en la UTU usan con mayor asiduidad los métodos universalistas (25.0% frente a 17.8% que desisten de realizar alguna acción).

En la misma línea quienes estudiaron en la UTU y accedieron al nivel terciario llegan a utilizar en un 50.0% los métodos universalistas, a diferencia de sus pares de nivel terciario que, encontrándose fuera del mercado de trabajo, mayoritariamente no realizan ninguna acción (39.6%), optando un 35.0% por métodos particularistas y utilizando sólo una cuarta parte los métodos universalistas. Esto lleva a preguntarse en qué medida no son inactivos encubiertos en proceso de formación universitaria.

El análisis muestra, además, que, al igual que los ocupados, los desocupados o buscadores de trabajo por primera vez tienen un comportamiento diferenciado por sexo ya que las mujeres son más proclives a la utilización de métodos universalistas que los hombres -manteniéndose, sin embargo, el predominio de los métodos particularistas.

Entre todos los jóvenes desocupados o buscadores de trabajo por primera vez en general, los métodos utilizados para insertarse en el mercado laboral son mayoritariamente particularistas, sin diferencias según completitud del nivel; en particular, quienes completaron el segundo ciclo de enseñanza secundaria recurren en mayor medida a otras estrategias de búsqueda, aunque utilizan en similar baja cantidad los métodos universalistas -tanto los que completaron dicho ciclo como quienes no lo hicieron (Cuadro 9).

3. Edad de finalización de los estudios regulares y de primaria

La edad a la que dejaron de asistir los jóvenes a la UTU se concentra por partes iguales -dos quintos cada una- entre los 14 a 16 años y entre los 17 a 19 años. Como es lógico esto resulta de la yuxtaposición de dos situaciones diferentes: la de quienes asistieron al primer nivel de formación profesional y abandonaron en forma mayoritaria en el primer tramo de edad reseñado, y la de quienes accedieron a mayores niveles educativos que tienden a abandonar en el segundo tramo, llegando incluso un 30% de quienes recibieron educación técnica o profesional a hacerlo después de los 20 años (Cuadro 10).

Entre los jóvenes que ya no asisten a la enseñanza regular, la edad más frecuente a la que dejaron de asistir es entre los 14 y 16 años (37.1%), aunque porcentajes similares de jóvenes lo hicieron con menos de 13 años o entre 17 y 19 años (26.4%) (Cuadro 11).

Dicha distribución es diferencial por niveles. Entre quienes a lo sumo realizaron primaria la enseñanza regular es dejada antes de los trece años por más del 70% de los jóvenes, porcentaje similar al correspondiente a los jóvenes que llegan a cursar estudios de primer ciclo en enseñanza secundaria y los dejan entre los 14 y los 16 años. Permanece hasta edades más avanzadas en el primer nivel de la enseñanza profesional un porcentaje importante -31.6% entre los 17 y los 19 años-, aunque un 58.1% lo haya dejado entre los 14 y los 16 años- lo que está influido por el hecho de que la UTU exige 15 años mínimo para el ingreso al ciclo profesional. En el segundo ciclo de enseñanza media la mayoría deja los estudios entre los 17 y 19 años, variando desde un 57.3% que lo hace en la enseñanza técnica entre dichas edades, un 60.5% de la enseñanza profesional de segundo nivel de la UTU a un 63.7% de los jóvenes que llegaron al segundo ciclo de secundaria. Finalmente, los estudios terciarios son abandonados por un 87.5% de los jóvenes que accedieron a los mismos recién después de los 20 años. Esta situación es similar tanto entre los hombres como entre las mujeres aunque con edades levemente mayores entre estas últimas, lo cual está asociado probablemente al mayor nivel de instrucción que alcanza las jóvenes.

Quienes tienen el ciclo básico de secundaria completo han terminado sus estudios, como era esperable, a edad más avanzada que quienes no lo completaron, lo cual es comparativamente similar respecto al primer nivel de la UTU. Situación similar se presenta con el segundo ciclo de secundaria y el nivel de la educación técnica o profesional, no perfilándose diferencias importantes ni en el nivel primario ni a nivel de la formación profesional de segundo nivel de la UTU ni en el nivel terciario (Cuadro 12).

Una variable que marca fuertemente los desempeños futuros de los jóvenes es la edad de terminación de la escuela primaria.

A nivel general, dada la edad de ingreso (6 años cumplidos) y la duración del ciclo escolar, los doce años constituyen la edad normal de egreso de primaria. Pues bien, la mitad de los individuos egresan de la escuela a dicha edad, un cuarto egresa prematuramente -a los diez u once años- y un cuarto lo hace a edades tardías -13 o más años- (Cuadro 13).

Entre los que asistieron a la UTU, son mayoría absoluta los jóvenes egresados a la edad normal, pero con el aumento de los niveles alcanzados en la UTU crecen significativamente quienes lo hicieron a edades precoces, llegando la proporción a duplicarse entre un extremo y otro de los niveles. Esta situación se presenta más atenuada entre los jóvenes que

actualmente asisten a la UTU pero se constata, similarmente, que al aumentar el nivel de estudios se produce una caída de la extraedad de egreso de primaria de los jóvenes a favor de los que lo hacen a la edad normal.

La situación general según la cual la mitad de los jóvenes egresa de la escuela a la edad normal y un cuarto lo hace en cada una de las otras dos posibilidades no es similar en todos los niveles educativos (Cuadro 14).

Entre los que concurrieron a la UTU en el nivel más bajo, la proporción de quienes salieron de primaria a edades tardías es más del doble de quienes salieron a una edad temprana (37.3% y 17.7%), mientras que sus pares que estudiaron en la enseñanza secundaria se dividen por partes iguales entre uno y otro conjunto (23.7% y 23.1%).

Entre quienes acceden al segundo nivel de la enseñanza media la proporción de jóvenes de egreso temprano es mayor que la de los de extra edad. En particular, la proporción de egresados a edad normal es alta entre los jóvenes de la enseñanza profesional de segundo nivel (61.3%) y la proporción de egresados "tempranos" es similar a la registrada en la población general (24.7%), proporción mayor que la de jóvenes que se retrasan (14.0%).

La situación de quienes acceden a la educación técnica o profesional en la UTU o al segundo ciclo en secundaria es muy similar: más de la mitad tenía 12 años al momento de terminar la escuela (55.6% y 56.5% respectivamente), un porcentaje similar e importante fue de egreso precoz (36.7% y 35.6%) y un pequeño número egresó con extraedad (7.7% y 7.9%), lo que es posiblemente explicable por razones ajenas al rendimiento escolar.

Esta situación de egreso más temprano es aún más rotunda entre los que alcanzan estudios de nivel terciario, donde el 42.8% terminó la escuela antes de los 12 años, el 54.7% a los 12 años y sólo el 2.6% lo hizo luego de dicha edad.

Al observar la distribución por sexo se nota una mayor proporción de mujeres de egreso precoz, al tiempo que, simétricamente, los hombres tienen un mayor porcentaje de extraedad, sin que estas diferencias sean muy significativas. El análisis por nivel educativo no indica variaciones entre hombres y mujeres, siendo la composición similar a la de la población en general.

Los jóvenes que terminan su ciclo básico egresaron de primaria antes que los que no terminaron. Similar afirmación puede hacerse con respecto al primer nivel de la UTU, con la diferencia de que la menor edad de egreso de primaria de los que completaron el nivel se debe a una menor extraedad con similar nivel de precocidad. En los niveles más altos, si bien hay menor edad de egreso entre los que completaron que entre los que no completaron, las diferencias no son apreciables en cuanto que, al subir en los niveles educativos, el fenómeno central es el aumento progresivo de la proporción de jóvenes con egreso anticipado de la escuela (Cuadro 15).

4. Ingreso al mercado laboral

Para quienes concurrieron a la UTU la edad de ingreso al mercado laboral es baja: la cuarta parte lo hizo entre los 17 y 18 años y la quinta parte aún antes -entre los 15 y 16 años-. Ellos

conforman la mayoría de los jóvenes que accedieron al mercado laboral, teniendo en cuenta que la cuarta parte de los encuestados aún no ha entrado a dicho mercado (Cuadro 16).

Al respecto deben analizarse dos situaciones diferentes puesto que entre los que asistieron a la UTU en el pasado sólo el 14.8% no se incorporó todavía al mercado de trabajo y entre los asistentes dicho porcentaje es mayoría absoluta (56.7%).

Entre los que asistieron, al crecer el nivel alcanzado aumenta la edad de ingreso al mercado laboral: en el primer nivel de formación profesional prima el tramo de 15 a 16 años, en el nivel de formación profesional de segundo nivel o educación técnica prima el tramo de 17 a 18 años y entre quienes llegaron a niveles terciarios la incorporación al mundo del trabajo es aún más tardía -en un número importante (29.6%) ésta se produce luego de los 21 años.

Por su parte, entre quienes asisten el no ingreso es lo predominante en todos los niveles, aunque en menor cuantía entre los que se encuentran realizando la educación profesional. Quienes sí se incorporan al trabajo tienden a hacerlo entre los 15 y los 18 años y un escaso número luego de la mayoría de edad.

En términos generales, la edad de ingreso al mercado laboral está entre los 15 y los 18 años, agrupándose entre dichas edades el 37.4% de los jóvenes -más de la mitad de los que se tiene información (69.0%). A su vez, el nivel máximo alcanzado en el sistema educativo está asociado al momento en el que se comienza a trabajar (Cuadro 17).

La cuarta parte de quienes comenzaron a trabajar con tres años de primaria como máximo lo hizo antes de los 13 años, un 9.6% entre los 13 y 14 años y un 29.7% entre los 15 y 16 años. Se da un similar patrón de edades de ingreso entre los jóvenes que cuentan con 4 a 6 años de estudios primarios (22.9%, 14.5% y 24.1% respectivamente).

En cambio, entre los que cursaron la enseñanza media la edad de ingreso está mayoritariamente ubicada entre los 15 y 18 años. En particular, comenzó a trabajar entre los 15 y los 16 años un 25.5% de los estudiantes del primer nivel de la UTU, un 23.6% de los de formación profesional de segundo nivel y un 12.5% de los jóvenes con educación técnica o profesional. Este porcentaje es similar al registrado entre los estudiantes de segundo ciclo de enseñanza secundaria que comenzaron a dicha edad a trabajar (11.6%). Por su parte, al ir subiendo el nivel educativo, los porcentajes de jóvenes que comenzaron a trabajar entre los 17 y los 18 años son del 21.7%, 37.8% y 26.7% para los jóvenes de la UTU y de 25.8% para los que llegaron al segundo ciclo de secundaria. Finalmente, ingresaron al mercado laboral entre los 19 y 20 años un 12.9% de estudiantes del último nivel de la UTU y un 13.2% del segundo ciclo secundario, porcentajes que son mayores a los registrados en los primeros dos niveles de la UTU (5.8% y 6.9%, respectivamente).

A su vez, entre los hombres la edad de ingreso es más temprana en todos los niveles educativos, sobre todo en los más bajos.

Entre los jóvenes, la completitud del ciclo educativo se asocia a la edad de ingreso al mercado laboral: se da una menor proporción de ingresos tempranos entre aquellos que han completado el ciclo. A medida que se sube de nivel educativo, las diferencias más amplias entre quienes completan y no completan se producen a edades cada vez más avanzadas (Cuadro 18).

En particular, quienes no completaron la primaria ingresaron al mercado laboral a edades muy tempranas (antes de los 13 años) en una proporción mayor que quienes completaron sus estudios primarios.

Entre los jóvenes del ciclo básico las diferencias se dan principalmente a nivel de quienes ingresan entre los 15 y los 16 años. Para los que realizaron el segundo ciclo la edad de mayores diferencias es entre los 19 y 20 años, situación similar a la de los jóvenes que estudiaron en la UTU, excepto en la formación profesional de segundo nivel donde los jóvenes se incorporan mayoritariamente antes de los 18 años.

Entre los que realizaron estudios terciarios, el salto principal está entre los mayores de 21 años, que ingresan al mercado laboral en un 62.7% si han completado sus estudios y en un 21.8% si no lo lograron. Se debe marcar, sin embargo, que un alto porcentaje de estos jóvenes con estudios terciarios incompletos no se había incorporado al mercado de trabajo al momento de la encuesta (40.1%).

5. Grado de satisfacción con el trabajo

Entre los jóvenes ocupados es predominante la satisfacción con el trabajo que se tiene, predominio que es absoluto entre los que cursaron en la UTU y relativo entre los que cursan actualmente (50.5% y 43.7% respectivamente) (Cuadro 19).

Esta mayoría de jóvenes satisfechos con su trabajo se da en todos los niveles de instrucción de la UTU. Debe notarse que entre los que asistieron al segundo nivel de formación profesional tal mayoría no es tan vigorosa, situación inversa a la que se da entre quienes cursan dicho nivel en la actualidad.

En el conjunto de los jóvenes, hay una mayoría relativa de individuos satisfechos con el trabajo (48.4%). Entre quienes no están satisfechos con su trabajo predominan los jóvenes resignados, que consideran que tienen el trabajo que podían conseguir con su formación y capacitación. Este grupo de jóvenes "resignados" constituye más del doble de quienes manifiestan que su trabajo está por debajo de sus capacidades y experiencia (29.9% y 13.3% respectivamente). Tal situación es casi similar entre hombres y mujeres, aunque entre los primeros los satisfechos son mayoría absoluta y quienes se resignan con su trabajo son casi el triple de los disconformes por considerarlo por debajo de los méritos propios (Cuadro 20).

Al analizar los distintos niveles educativos se encuentra que en los más bajos el trabajo es insatisfactorio para la mayoría relativa de los jóvenes, con predominancia casi absoluta de la resignación ante dicha situación.

En todos los niveles educativos medios el nivel de satisfacción es semejante, predominando la satisfacción y dándose una relación de dos a uno entre los jóvenes que manifiestan que el trabajo es el que podían conseguir y quienes dicen merecer más.

Los que llegan al último nivel de la enseñanza técnica tienen una patrón de satisfacción similar al de los jóvenes de niveles terciarios de educación, quienes, mayoritariamente están satisfechos con su trabajo y el resto de ellos se divide en partes iguales entre resignados e insatisfechos en forma fuerte.

La menor satisfacción reseñada entre las mujeres es un fenómeno independiente del nivel educativo ya que se da en todos los niveles, siendo la insatisfacción fuerte la que recoge el aumento del porcentaje de insatisfacción.

La satisfacción con el trabajo no presenta diferencias entre los jóvenes según hayan o no completado sus estudios (Cuadro 21).

6. Capacitación complementaria

La capacitación complementaria de los jóvenes ha sido analizada en tres dimensiones: una primera asociada a las habilidades técnicas y manuales, una segunda relacionada con la adquisición de conocimientos computacionales e idiomáticos y una tercera que versa sobre la capacitación contable y secretarial.

Las tres dimensiones son indicadores diferenciales de las opciones de capacitación que realiza el joven. La primera está en una línea de continuidad con la formación recibida por aquellos que se volcaron hacia los procesos vinculados con la producción industrial, la segunda da una idea de los intentos de "aggiornamiento" de la capacitación recibida y la tercera es complementaria de la formación recibida, sobre todo para los que realizaron sus estudios en las áreas administrativas.

En particular, la capacitación técnica o manual es realizada por un número reducido de jóvenes (11.6%), siendo preferencialmente de carácter técnico o una combinación de ambas, tanto a nivel general como entre quienes asistieron a la UTU y más volcada hacia la capacitación exclusivamente técnica entre los que asisten actualmente. Al aumentar el nivel al que llega el joven, la complementación de la educación recibida sube en cuanto a cursos técnicos o técnicos y manuales entre los que asistieron, mientras que entre los que asisten hoy crece la formación complementaria de carácter manual y en menor medida la de carácter técnico (Cuadro 22).

En el conjunto de los jóvenes la complementación de la formación curricular bajo la forma de formación técnica o capacitación manual no está muy extendida, ya que el 87.2% de los mismos no ha tenido ni la una ni la otra. Esto es así en todos los niveles, llegando a abarcar a una minoría apreciable -superior al 10%- la formación técnica y manual o exclusivamente técnica entre los jóvenes de secundaria o de la UTU insertos en la formación profesional de segundo nivel. En estos niveles la situación es similar entre hombres y mujeres de secundaria, pero en el nivel UTU sólo se da una capacitación complementaria relevante entre los hombres (Cuadro 23).

La formación complementaria técnica o manual, es realizada en forma más amplia por quienes terminaron la escuela que por quienes no lo hicieron, sin diferencias según completitud de los estudios realizados en los restantes niveles (Cuadro 24).

La formación computacional o en idiomas extranjeros alcanza a una proporción algo mayor que la técnica y/o manual (16.1% de los jóvenes), sin diferencias sustantivas entre quienes asistieron y quienes asisten a la UTU. En el nivel de quienes alcanzaron la educación técnica un muy alto porcentaje -casi la tercera parte de los jóvenes- realizó cursos complementarios de computación, idiomas o de ambos tipos, llegando entre los jóvenes de

estudios terciarios post-UTU a un porcentaje acumulado que representa la mayoría absoluta de los jóvenes (50.9%) de dicho nivel -mayoría que se obtiene básicamente por un fuerte aumento de aquellos que cursan idiomas en forma complementaria a sus estudios formales (Cuadro 25).

La formación complementaria en computación o idiomas abarca a más del 20% de los jóvenes, dándose una situación casi similar entre hombres o mujeres (Cuadros 26 y 27).

Esta formación complementaria está estrechamente vinculada al nivel educativo máximo alcanzado por el joven. Sólo el 2.0% de quienes realizaron a lo sumo la escuela accede a este tipo de capacitación. En el otro extremo, entre quienes llegaron a los estudios terciarios la mitad tiene formación complementaria en alguno de estos lenguajes, naturales o artificiales, o incluso en ambos.

En un situación muy similar a los primeros se encuentran quienes llegaron a la UTU desde la primaria puesto que sólo uno de cada veinte llega a tener alguna formación complementaria de este tipo. Entre quienes acceden al primer ciclo de la enseñanza secundaria se da una situación intermedia ya que el porcentaje crece al 16.7%, pasando al 31.8% y al 35.8% entre quienes luego del primer ciclo de enseñanza media concurren a la UTU o al segundo ciclo de enseñanza secundaria.

En todos los casos los idiomas son los que recogen los mayores porcentajes en todos los niveles, lo que muestra el grado de penetración aún bajo que tiene la computación como capacitación de los jóvenes.

Entre las mujeres la formación en idiomas es consistentemente mayor en todos los niveles educativos, no siendo así en cuanto a la computación a la cual accede un mayor porcentaje de hombres que de mujeres.

Por último, al igual que las otras capacitaciones ya analizadas la capacitación complementaria en áreas relacionadas con lo administrativo como son la contabilidad y el secretariado son tomadas por un número pequeño de jóvenes (no más 12.8% de los mismos) (Cuadro 28).

Dicha formación complementaria se concentra entre quienes concurren a la UTU en los niveles más altos.

En el conjunto de los jóvenes la formación en contabilidad y secretariado está en una situación intermedia entre la técnica o manual y la computacional o en idiomas, ya que la recibió un 15.9% de los jóvenes. Como era esperable dicha formación es mayor entre las mujeres que entre los hombres (Cuadros 29 y 30).

Al igual que la computacional, este tipo de formación también está asociado al nivel alcanzado en el sistema educativo. En particular, sólo los jóvenes que tienen como mínimo primer ciclo de enseñanza secundaria tienen cursos de contabilidad o secretariado en una proporción mayor al 10%, siendo la formación en contabilidad la principal. Esta alcanza a casi la cuarta parte de los jóvenes que llegaron al segundo ciclo de secundaria o al nivel terciario de enseñanza, manteniéndose en alrededor del 15% de los jóvenes con primer ciclo de secundaria o con estudios de educación técnica o profesional de la UTU. Esta situación se mantiene entre las mujeres y es de menor cuantía entre los hombres.

Entre los jóvenes que asisten a la UTU, la principal razón de la asistencia es el tipo de formación a recibir. Esta razón está muy distanciada de todas las demás ya que recibe el 46.0% de las adhesiones, y es seguida en importancia por la búsqueda de empleo (15.3%) y el interés por estudiar (11.6%) (Cuadro 31).

Esta situación se mantiene con leves variaciones según el nivel en el que se encuentra el joven, siendo en el más bajo donde se da la mayor dispersión de las razones aducidas por los jóvenes (Cuadros 32 y 33).

7. Ingreso del hogar del joven

La distribución del ingreso per cápita por adulto equivalente de los jóvenes que estudiaron o estudian en la UTU es más concentrada que la distribución a nivel de todos los jóvenes.

Las diferencias más fuertes entre ambas distribuciones se dan en los extremos: en el cuartil superior hay un 2.6% menos de jóvenes de UTU que en el conjunto de los jóvenes y, a su vez, son también un 2.0% menos en el decil más bajo. Tanto en el tercer cuartil de ingresos como en la parte superior del primer cuartil -no perteneciente al primer decil- los porcentajes son similares en ambos conjuntos, dándose la diferencia fundamental en el segundo cuartil en el cual existe una sobrerrepresentación de los jóvenes de la UTU con respecto a los jóvenes en general (Cuadros 35 al 37).

Se puede afirmar, pues, que esta concentración en los grupos medios-bajos de ingreso de los jóvenes que estudiaron o estudian en la UTU los diferencia de los jóvenes marginados, pero también presupone una peor distribución de ingresos que la general, en cuanto los sectores medios y medios-altos están subrepresentados entre los estudiantes de la UTU.

Las anteriores apreciaciones generales se amortiguan al analizar a los jóvenes que asistieron a la UTU en el pasado, en la medida en que su mayor inserción laboral y su edad promedialmente mayor tienen efectos positivos sobre la distribución de sus ingresos.

En cambio, entre quienes asisten en la actualidad a la UTU el primer cuartil de ingresos está sobrerrepresentado y con una cantidad de jóvenes del primer decil similar a la población en general, el segundo cuartil está fuertemente sobrerrepresentado y la mitad superior de la distribución de ingresos cuenta con un número bajo de estudiantes de la UTU -especialmente el cuartil superior, al que sólo accede uno de cada diez estudiantes de la UTU.

Los niveles de estudios alcanzados en la UTU influyen significativamente sobre la distribución de ingresos, tanto entre quienes asistieron como entre quienes asisten. En un extremo llega a ubicarse en el primer decil un 14.2% de estudiantes de los que asisten a la formación profesional de primer nivel o al CBU en el otro extremo, se encuentran en el último cuartil de ingresos un 41.4% y un 54.4% de quienes asistieron al nivel más alto de la UTU o cursaron estudios terciarios posteriores.

8. Lugar de asistencia al Ciclo Básico de Enseñanza Media

La asistencia al primer ciclo de enseñanza se realiza por igual en Montevideo y en el Interior. Ello es producto de una distribución levemente volcada hacia el Interior entre los que asistieron y de una distribución volcada hacia Montevideo entre los que asisten (Cuadro 37).

Ahora bien, entre los jóvenes que cursaron el primer ciclo de enseñanza media en la UTU, en el CBU o la formación profesional de primer o segundo nivel -56.8% y 57.6% respectivamente-, la mayoría corresponde al interior. En cambio, entre quienes accedieron a la educación técnica o profesional la mayoría realizó en Montevideo su formación básica (56.1%), proporción que crece al 62.1% entre quienes realizaron estudios terciarios posteriormente. Similar situación se da entre los que asisten actualmente a la UTU, estudiando en Montevideo el 43.8%, el 57.1% y el 61.6% en los tres niveles de educación posibles.

Al momento de cursar el primer ciclo de la enseñanza media el Interior predomina sobre Montevideo, sea en Secundaria o en la UTU. En los niveles educativos superiores, el lugar donde los estudiantes cursaron sus estudios de primer ciclo es similar al de la población en general (Cuadro 38).

El lugar donde se cursó el primer ciclo no incide en la completitud o no del mismo (Cuadro 39).

9. Nivel de actividad de los jóvenes

La distribución según nivel de actividad de los jóvenes de la UTU muestra que los que trabajan conforman una proporción importante -casi dos tercios-, proporción que llega a los tres cuartos entre los que asistieron frente a un tercio entre los que asisten. Los niveles de desocupación son similares entre los que asistieron a la UTU y los que lo hacen actualmente y, como era esperable, entre estos últimos aumentan los buscadores de trabajo por primera vez y los inactivos (que alcanzan a más de la mitad de estos jóvenes) (Cuadro 40).

Entre los que asistieron, en el segundo nivel de formación profesional hay una proporción alta de trabajadores (85.0%) mientras que en los restantes niveles la proporción de trabajadores es del 73.0%.

Por su parte, entre los que hoy asisten a la UTU, quienes trabajan son minoría, frente a quienes son inactivos que representan más de la mitad de los jóvenes de cada categoría. En este sentido, quienes están cursando la formación profesional de segundo nivel constituyen una excepción porque entre ellos trabaja la mitad de los jóvenes.

Entre todos los jóvenes, los que trabajan son la mayoría absoluta. Esto es cierto tanto a nivel general como en los distintos niveles educativos, excepto entre quienes accedieron al primer ciclo de enseñanza secundaria que presentan niveles de inactividad muy altos (Cuadro 41).

Los porcentajes de jóvenes trabajadores entre el estudiantado de la UTU son mayores que entre sus pares de Secundaria e incluso de nivel terciario, tanto entre los hombres como entre las mujeres.

La completitud del nivel de estudio al que accede el joven está asociada con la condición de actividad: se dan proporciones más altas de trabajadores entre quienes completaron el ciclo que entre quienes no lo hicieron -excepto en el primer ciclo de enseñanza secundaria donde los niveles de inactividad son más altos entre quienes completaron el ciclo que entre quienes no lo hicieron (Cuadro 42).

10. Grado de estabilidad en el trabajo

El tiempo de permanencia en el trabajo es relativamente alto para los jóvenes de la UTU, quienes en más de tres quintos (61.5%) están o han estado más de un año en su trabajo y sólo un 13.5% está o estuvo menos de tres meses en el mismo (Cuadro 43).

Este porcentaje es alto entre quienes asistieron a la UTU, pero es importante también entre quienes asisten, creciendo con el nivel alcanzado y llegando a ser mayoría absoluta (56.7%) entre los que están en la enseñanza técnica. Dicha situación de crecimiento se da también entre los que asistieron, con la diferencia de que se produce un salto entre quienes solo asistieron al nivel más bajo y los restantes niveles; ello puede estar influido por las dificultades de lograr la estabilidad laboral cuando se comparte trabajo y estudio, sobre todo para quienes, al momento de ingresar a la UTU, tienen sólo primaria.

La estabilidad en el trabajo aumenta con el crecimiento del nivel educativo del joven (Cuadro 44).

Quienes concurrieron a la primaria y trabajan en un empleo desde hace más de un año son un 55.1%, y, en el extremo de los jóvenes con estudios terciarios tiene trabajo estable un 70.5%.

La situación de quienes accedieron al primer ciclo de la enseñanza media es similar a la de los jóvenes con primaria y la de quienes alcanzaron el segundo nivel de enseñanza media es similar a la de los jóvenes con estudios terciarios.

Los jóvenes que completaron primaria o el primer nivel de formación profesional de la UTU son tan estables como sus pares que no completaron dichos niveles. En cambio, entre quienes llegaron a los niveles de formación profesional más avanzada o educación técnica en la UTU o realizaron estudios secundarios o terciarios, la completitud o no de su respectivo ciclo marca diferencias importantes (Cuadro 45).

11. Ocupación e ingreso entre los jóvenes que concurrieron a la UTU

En este apartado la atención se centra en los jóvenes que cursaron la enseñanza media, con el fin de comparar sus desempeños en el mercado laboral según hayan realizado o no estudios

en la UTU. A los efectos de este análisis no se incluyen a aquellos jóvenes que no accedieron a estudios formales o sólo lo hicieron a nivel primario -en un extremo- ni a aquellos que ya realizaron estudios de nivel terciario -en el otro extremo. Esta delimitación de la población según sus estudios se realiza con la finalidad de comparar conjuntos equivalentes en términos de formación en el sistema educativo formal.

A nivel de la UTU los cuatro niveles de estudios considerados son los utilizados a lo largo de todo el presente documento. Para la educación secundaria se utilizan tres niveles, a saber: jóvenes del primer ciclo de enseñanza secundaria, jóvenes del segundo ciclo y jóvenes que están realizando estudios terciarios luego de culminada la educación secundaria.

El primero de los niveles de la UTU -la formación profesional de primer nivel o la realización del Ciclo Básico Único en la UTU- es comparable con el primer ciclo de Secundaria. El segundo nivel de la UTU -la formación profesional de segundo nivel o educación profesional- lo es con el segundo nivel de Secundaria. Entre estos dos niveles se puede realizar una comparación perfecta en cuanto, en ambas ramas -UTU y Secundaria-, el alumno proviene de la Primaria y llega a dicho nivel realizando sus estudios en la UTU o en Secundaria.

En cambio, en el caso del tercer nivel de la UTU -el de la educación técnica o profesional- la comparación debe establecerse con el segundo nivel de Secundaria en tanto son similares los años de estudio. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que quienes accedieron a dicho nivel de formación en la UTU lo hicieron luego de aprobar el CBU o incluso el primer año del Bachillerato Diversificado, por lo cual constituyen un conjunto de jóvenes situados en una posición intermedia con respecto a los otros dos conjuntos de jóvenes del segundo nivel de la enseñanza media: comparten con sus pares de la UTU la vocación e inserción en la formación técnica o profesional pero tienen un pasado de formación general común con los jóvenes de la enseñanza secundaria.

Por último, también es pertinente la comparación entre el cuarto nivel de la UTU -jóvenes que, habiendo realizado estudios en la UTU, accedieron a la formación terciaria- y sus pares que, habiendo concluido su formación media en Secundaria, asisten a estudios terciarios.

En síntesis: este apartado se articula en torno a la comparación de las ramas de la Enseñanza Media, con dos niveles comparables uno a uno -estudiantes de la UTU y de Secundaria que se encuentran en el primer nivel y estudiantes de la UTU y de Secundaria que, habiendo egresado, se hayan recibiendo una formación superior-, y un nivel intermedio, el correspondiente al segundo ciclo en donde se tienen tres situaciones: dos puras -las de formación profesional y general respectivamente- y una mixta -la de formación general y profesional posterior.

Desde otro ángulo, debe anotarse que, para que la comparación de los ingresos percibidos por los jóvenes tenga relación con la formación recibida y no se vea desvirtuada por los diferenciales de "poder" e "información" con que cuentan sus familias, se dividió a la población según el ingreso per cápita por adulto equivalente de los hogares de origen: un conjunto está formado por los jóvenes pertenecientes a la mitad superior de la distribución de ingresos de la sociedad y otro está integrado por los jóvenes de hogares de la mitad inferior de dicha distribución. De esta forma, se comparan los ingresos de los jóvenes por nivel educativo según los ingresos hogareños.

Si se analiza la inserción en el mercado laboral de los jóvenes según se encuentren trabajando, estén desocupados, busquen trabajo por primera vez o estén inactivos, se observa que los porcentajes de jóvenes trabajadores son similares independientemente de que hayan realizado la UTU o Secundaria para cada nivel, excepto para los que realizan estudios terciarios -quienes, en mayor medida, están insertos en el mercado laboral si cursaron estudios previos en la UTU (Cuadro 46).

Es la formación profesional de segundo nivel la que está asociada a menores niveles de inactividad junto con la formación terciaria posterior a la UTU. Este porcentaje es levemente superior entre quienes realizaron el segundo ciclo de Secundaria, superior entre los que realizaron su formación en el primer nivel de la enseñanza media o en el nivel de la educación técnica de la UTU y muy superior entre quienes aún se encuentran estudiando a nivel terciario luego de concluidos sus estudios secundarios.

A partir de aquí se centrará la atención en la distribución de los ingresos de los casi dos tercios de jóvenes que trabajan.

Cuando se analiza a los jóvenes provenientes de hogares con ingresos medios y medios altos que trabajan y han cursado estudios de enseñanza media se encuentra que, en la distribución según categoría ocupacional, predomina ampliamente el joven empleado u obrero privado, con porcentajes superiores a los de la población adulta; a su vez, los jóvenes empleados u obreros públicos están representados en guarismos similares a las de la población en general; entre estos jóvenes no hay "patrones" y los cuenta-propistas -tengan o no local propio- se hayan presentes en menor medida; por último, no es despreciable el número de jóvenes que caen en la categoría ocupacional "otros" (Cuadro 47).

El ingreso promedio de estos jóvenes alcanza su máximo entre quienes trabajan por cuenta propia y, entre éstos, el ingreso es mayor para quienes no cuentan con local -N\$ 682.600 frente a N\$ 424.190 para los cuenta-propistas con local. En segundo lugar, a una distancia considerable se encuentran quienes trabajan en el sector público -con N\$ 316.870 de ingreso promedio- y los empleados u obreros privados y otros trabajadores -con N\$ 285.470 y N\$ 269.440 respectivamente.

Entre los empleados u obreros privados, para quienes asistieron a la UTU el promedio de ingresos se encuentra en cifras muy similares entre los distintos niveles de la UTU, con un mínimo entre quienes realizaron estudios profesionales de primer nivel, mayores ingresos entre quienes realizaron el segundo nivel y un máximo entre quienes se encuentran realizando estudios terciarios. Estos ingresos son, a su vez, similares a los de quienes cursaron la enseñanza secundaria, en cualquiera de sus dos niveles, o están realizando estudios terciarios.

Para los empleados públicos el aumento del nivel de estudios impacta sobre los ingresos cuando los jóvenes llegan al segundo nivel de la UTU previo pasaje por el CBU o primer año del Bachillerato Diversificado, siendo incluso mayor cuando acceden a estudios terciarios. Estos ingresos crecientes a mayor educación formal se dan en forma más acentuada entre quienes cursaron Secundaria, lo que seguramente está asociado a los criterios de promoción y ascenso del sector público, muy ligados a los méritos educativos y que tienen su correlato directo en los ingresos de los jóvenes.

Por su parte, los cuenta-propistas sin local obtienen mejores ingresos si concurrieron al primer ciclo de enseñanza media en Secundaria que si lo hicieron en la UTU, dándose la

situación inversa entre quienes accedieron al segundo ciclo o incluso a estudios terciarios ya que se observan mayores ingresos para quienes cursaron la UTU que para aquellos que realizaron sus estudios en Secundaria.

Si se analizan las distintas ocupaciones a las que acceden los jóvenes se encuentra que los promedios de ingreso respetan una escala decreciente de salarios al ir recorriendo los distintos grupos ocupacionales desde los grupos de mayor status a los de menor status. No se dan, sin embargo, excesivos saltos entre quienes se encuentran en los niveles más altos y más bajos de la escala socio-ocupacional (Cuadro 48).

En particular, quienes realizaron la UTU acceden a la categoría de propietarios o profesionales (Grupo I) con menores ingresos que los que concurren a Secundaria en general, lo que es cierto en todos los niveles educativos.

El grupo II de trabajadores calificados muestra un mejor ingreso entre los estudiantes de la UTU del primer nivel que entre sus pares de Secundaria, siendo la situación inversa en el segundo nivel.

Entre los jóvenes del grupo III, conformado por empleados de oficina y similares, no hay diferencias de ingresos entre el primer y el tercer nivel de la UTU; sí hay mejores ingresos entre los jóvenes del segundo y cuarto nivel -aunque se debe marcar que son un número bajo los jóvenes pertenecientes al segundo nivel. Comparativamente, los ingresos de los jóvenes de Secundaria se encuentran por encima de los jóvenes de la UTU de primer y tercer nivel y son similares a los jóvenes de la UTU de segundo y cuarto nivel.

El cuarto grupo laboral -conformado por quienes se desempeñan en las fuerzas de seguridad-, el quinto -docentes- y el noveno -jóvenes insertos en la base de la pirámide ocupacional- no tienen un número suficiente de jóvenes en la muestra que habilite la extracción de conclusiones desagregadas por niveles educativos.

En el sexto grupo -constituido por obreros calificados- los niveles de ingreso suben a medida que aumenta la capacitación en la UTU, siendo incluso un factor de mejoría de los ingresos el tener estudios superiores posteriores a la UTU. Estas diferencias de ingreso son sustantivas y el salto mayor se produce cuando se pasa del primer nivel al siguiente. Es de destacar que mientras este primer nivel de formación de la UTU tiene asociado menores ingresos que su similar de Secundaria, los otros niveles de la UTU tienen mayores ingresos que sus pares de Secundaria, por lo que puede afirmarse que es la formación avanzada en la UTU la que permite alcanzar mejores retribuciones en esta categoría ocupacional.

El grupo VII de obreros varios muestra los mejores ingresos entre los jóvenes con formación profesional básica, con cifras de ingresos menores y decrecientes en todos los otros niveles, tanto de la UTU como de Secundaria. Por ello, se puede suponer que la mayor calificación y la pertenencia a esta categoría ocupacional están asociadas o a un reciente ingreso al mercado laboral -y por tanto menores ingresos- o a la falta de las capacidades que se obtienen en el propio trabajo, capacidades que la educación formal no puede proporcionar.

Por último, con respecto al grupo VIII de vendedores de comercio y empleados de servicio, la formación profesional de la UTU, en cualquiera de sus dos primeros niveles, permite a los jóvenes el acceso a ingresos superiores a los percibidos por los jóvenes que sólo realizaron el ciclo básico de Secundaria. Como contrapartida, los estudios de segundo ciclo

de Secundaria o mayores se asocian a mejores ingresos que los recibidos por los jóvenes de la UTU del segundo nivel.

Al analizar la distribución de jóvenes por rama de actividad a un dígito se observa que entre los jóvenes provenientes de los hogares más favorecidos económicamente las ramas de actividad que más ingresos brindan son de un peso menor en el conjunto. En particular, tienen ingresos en el entorno de los N\$ 350.000 las actividades relacionadas con la agropecuaria, la electricidad, la construcción, los transportes y los establecimientos financieros. Por otro lado, los jóvenes insertos en la industria manufacturera ganan, en promedio, N\$ 321.410 mientras que quienes lo hacen en el comercio están en N\$ 304.190, siendo aún menor el ingreso de quienes se dedican a los servicios comunales, sociales y personales, con un promedio de N\$ 267.460 (Cuadro 49).

Entre los jóvenes insertos en las ramas de ingresos más altos se constata que la formación profesional de primer nivel no genera en ningún caso diferencias significativas favorables, excepto para los muy pocos jóvenes que se han podido insertar en el sector financiero. En cambio, la formación profesional de segundo nivel permite mejores ingresos que el promedio en las ramas de la electricidad, gas y agua y en la de la construcción, mientras que la formación técnica superior da resultados satisfactorios a nivel de la actividad agropecuaria y en los establecimientos financieros y empresariales, rama esta última en donde quienes complementaron sus estudios de la UTU con la formación terciaria también obtienen ingresos superiores al promedio general de la rama. Para dicha rama, se encuentran en un similar nivel de ingresos quienes concurren al primer ciclo de Secundaria. En la construcción quienes hicieron el CBU se ubican por encima del promedio y de sus pares de la UTU, pero muy por debajo de quienes tienen una formación profesional más amplia.

El segundo ciclo de enseñanza secundaria se muestra como el más apropiado para tener mayores ingresos en las ramas agropecuaria, de la construcción y financiera, que presenta una performance similarmente positiva a la de quienes continuaron sus estudios a nivel terciario, aunque por debajo de sus pares de la UTU en la rama de los transportes.

Con respecto a la industria manufacturera, la formación de la UTU está asociada a mayores niveles de ingreso en cada nivel educativo, con rendimientos crecientes a medida que los estudios son más avanzados. En particular, mientras que los jóvenes del primer nivel de la UTU alcanzan promedialmente los N\$ 308.140, los de Secundaria están en los N\$ 300.570; los del segundo nivel de la UTU son de N\$ 316.750 y N\$ 352.810 respectivamente, frente a N\$ 320.710 de los del segundo ciclo de Secundaria; la mayor diferencia se da entre los que han accedido a la enseñanza terciaria ya que los jóvenes que concurren a la UTU tienen ingresos de N\$ 480.190 y los que lo hicieron en Secundaria tienen ingresos de N\$ 418.940.

Inversamente, en las ramas de comercio y la de servicios comunales, sociales y personales muestran mejores performances en términos de ingresos quienes estudiaron en Secundaria, siendo de destacar que en la última de las mencionadas ramas la formación de la UTU complementada con estudios terciarios genera mejores ingresos.

Al pasar a los jóvenes de las familias de la mitad inferior de la distribución de ingresos hogareños se encuentra que tanto los niveles de estudios más altos como las categorías ocupacionales y las ocupaciones de mayor status disminuyen drásticamente.

En este nivel de ingresos de los hogares son los empleos públicos los que generan los mayores ingresos en los jóvenes (Cuadro 50).

Los estudios en la UTU en el primer nivel en ninguna categoría ocupacional generan ingresos por encima del promedio general; los del segundo nivel lo hacen entre los empleados públicos en forma sustantiva; finalmente, los estudios superiores de la UTU tienen un efecto fuerte en todas las categorías ocupacionales. Por su parte, la formación que brinda Secundaria es poco efectiva a la hora de facilitar que los jóvenes se ubiquen por encima del promedio de ingresos general: el primer ciclo sólo lo permite para la categoría residual de "otros", mientras que el segundo ciclo no genera mejores ingresos para ninguna de las categorías en las que hay un número significativo de casos y la secundaria más estudios terciarios lo hace para los empleos públicos. Comparativamente la UTU tiene mejores ingresos en casi todas las categorías y en todos los niveles cotejables.

Con respecto a las ocupaciones los ingresos de los jóvenes que concurrieron a la UTU son superiores al promedio en los grupos II y III (trabajadores calificados y empleados de oficina y similares) entre quienes estudiaron en la educación técnica o profesional, y en el grupo VI (obreros calificados) entre los jóvenes con formación profesional de primer o segundo nivel. Por su parte, la formación general de Secundaria permite tener ingresos significativamente superiores al promedio en los grupos III (empleados de oficina) y VIII (vendedores y empleados de servicios) si se realizó el primer ciclo; en los grupos III, VII (obreros varios) y IX (vendedores ambulantes, personal de servicio y trabajadores agropecuarios) si se realizó el segundo ciclo; y en el VII si se complementó la educación secundaria con estudios terciarios (Cuadro 51).

Como saldo final se puede afirmar que:

- i) los jóvenes de hogares de menores ingresos y formados en la UTU no acceden al grupo socio-ocupacional más alto;
- ii) la formación de la UTU genera mejores ingresos en los grupos socio-ocupacionales medios si llega a los niveles educativos superiores, puesto que, de lo contrario, la formación general de Secundaria es más efectiva; esto se vincula a que en los grupos ocupacionales medios se exigen aptitudes laborales de difícil desarrollo fuera del sistema formal en los hogares de bajo nivel socio-cultural;
- iii) en los grupos ocupacionales más bajos la formación general de Secundaria está asociada, en mayor medida, a mejores ingresos; esto se relaciona con el carácter no especializado del trabajo en los grupos ocupacionales más bajos que permite la incorporación, transitoria en muchos casos, de jóvenes sin formación específica.

Entre los jóvenes de hogares más desfavorecidos económicamente la rama de actividad que mejores ingresos brinda es la de electricidad, gas y agua -aunque lo hace para unos pocos jóvenes-, estando la agropecuaria, la construcción y el transporte en un segundo lugar. La enseñanza técnica genera en estas dos últimas ramas ingresos superiores al promedio, no así los otros niveles de la UTU. Con respecto a la agropecuaria sólo el segundo nivel de Secundaria tiene una buena performance, estando los jóvenes del primer ciclo de Secundaria con ingresos superiores al promedio en la rama de transporte (Cuadro 52).

Con respecto a la industria manufacturera la formación profesional de primer nivel brinda ingresos bastante por encima del nivel general, mientras que los otros dos niveles se ubican en términos de ingresos en el promedio general. Dicho promedio sólo es alcanzado por los estudiantes del primer ciclo de Secundaria, encontrándose quienes estudiaron en Secundaria por debajo de sus pares de la UTU en todos los niveles.

En la rama del comercio tanto la formación profesional de segundo nivel como la técnica de la UTU tienen correlatos de ingresos altos, similares en los primeros a sus pares del segundo ciclo de Secundaria e inferiores en el caso de los segundos; a nivel del primer ciclo ambas formaciones -la de la UTU y la de Secundaria- se asocian a niveles de ingresos bajos, aunque más acentuadamente bajos en el caso de la UTU.

Por último, en las ramas financieras y de servicios a las empresas así como en la rama de servicios comunales, sociales y personales los jóvenes perciben mejores ingresos si cursaron la enseñanza secundaria que si lo hicieron en la UTU.